

Cinco momentos y una coda

JUAN JOSÉ LÓPEZ BURNIOL

Mi relación con don Vicente Cacho Viu se concreta en una serie de momentos y se condensa en un conjunto de recuerdos –no demasiados, pero sí trascendentes e intensos para mí– que jalonan una relación intermitente, prolongada a lo largo de más de treinta años.

PRIMER MOMENTO. EL ENCUENTRO. COLEGIO MAYOR BELAGUA, UNIVERSIDAD DE NAVARRA, EL 23 DE ABRIL DE 1963

En el curso 1962–1963 yo tenía 17 años y estudiaba primero de Derecho en la Universidad de Navarra. Residía en el Colegio Mayor Belagua. Aquel día 23 de abril, estaba en cama –en mi habitación del Colegio– aquejado del primero de una serie de neumotórax que padecí al final de la adolescencia y comienzos de la juventud. No sé si fue por la mañana o por la tarde, cuando recibí la visita de don Vicente Cacho. Tampoco recuerdo si había hablado antes con él alguna vez. Seguramente sí; pero, en cualquier caso, no me visitó por ninguna razón especial. Yo era entonces un estudiante absolutamente anónimo y más bien tímido. Seguro que vino a verme practicando la bienaventuranza que invita a visitar a los enfermos. En cualquier caso, me alegró su visita. Poco antes –el 5 de febrero del mismo año– había comprado el primero de los libros de don Vicente: *La Institución Libre de Enseñanza*. Le pedí que me lo dedicase. Tengo delante el volumen. A pluma, con letra menuda y en sentido perceptiblemente ascendente, se lee: «A Juan José López Burnoil (sic), cordialmente, Vicente Cacho Viu. Belagua, 23 abril 63». Cuando estas palabras fueron escritas, yo tan sólo había leído –y subrayado– el prólogo de Florentino Pérez-Embid, la advertencia preliminar del autor y, con especial emoción, la introducción –“Una estampa simbólica: en el cementerio civil de la Puerta de Toledo”–, que ejerció en mi una profunda e indeleble impresión. ¿Por qué?

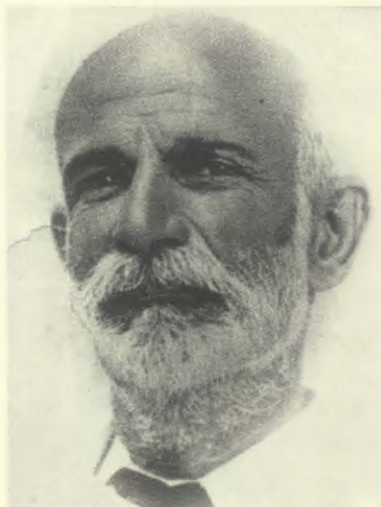
Pérez-Embid habla, en su prólogo, de «la presión intelectual de la izquierda burguesa, mantenida por los hombres de la Institución y de la Revista de Occidente», que culminó con el advenimiento de la República.



Cortejo académico integrado por los profesores del Estudio General de Navarra y de otras universidades españolas.

«La Segunda República –añade– es hija de Giner, ...; y don Manuel B. Cossío será el primer "ciudadano de honor" de la República, después de haber saludado la implantación de aquel régimen con la exclamación de ¡Para eso hemos luchado durante cincuenta años!». No obstante, tras este reconocimiento de la trascendencia pasada de esta corriente de pensamiento y pese a ponderar su «espíritu de precisión y de rigor», vaticina acto seguido Pérez-Embid –en el verano de 1962– que «Sea cualquiera el porvenir, no parece que hayan de tener mucho futuro las ideologías de la izquierda burguesa». En resumen, Pérez-Embid admitía, hace cuarenta años, la importancia histórica de la izquierda burguesa española, le negaba cualquier futuro y la trataba con la corrección fría y distante que se reserva a un adversario.

En cambio, el espíritu que alienta en las páginas de la introducción de Vicente Cacho es muy otro. Narra con emoción embridada como el 7 de mayo de 1874, mientras el Duque de la Torre entraba en Madrid como general victorioso, un extraño entierro avanzaba por las márgenes del Manzanares: era el sepelio laico de don Fernando de Castro –ex rector de la Universidad de Madrid– que se dirigía al tétrico cementerio civil de la Villa y Corte. «El magnífico panorama que desde allí se atalayaba, con el Guadarrama al fondo, ponía aún más de manifiesto –escribe Cacho– el abandono de aquel lugar, "miserable corral de abrojos", donde se alineaban unas cuantas tumbas; junto a la de Sanz del Río, cuya lápida funeraria apenas era legible por la "espesa capa de moho" que cubría la piedra, se había abierto una amplia fosa que iba a recibir los restos mortales de don Fernando de Castro». Se complace Vicente Cacho en relatar morosamente el severo protocolo diseñado por el propio difunto para sus honras fúnebres: la lectura de diversos párrafos de su *Memoria* –en los que Castro trataba de justificar su trayectoria espiritual–, la evocación de las *Bienaventuranzas según San Mateo* y unas palabras de aliento a los concurrentes exhortándoles a vivir con plenitud de vida y libertad de pensamiento. Explica el autor, acto seguido, como Manuel Ruiz de Quevedo, tras pronunciar la oración fúnebre y al tiempo que arrojaba un simbólico puñado de tierra sobre el ataúd, cerró el acto con estas palabras: «Toda la tierra es bendita». No deja de ponderar tampoco las ostensibles ausencias: no asistieron ni el Rector de la Universidad, ni tampoco ninguna representación de la Academia de la Historia, ni del Senado. Y consigna, por último, la presencia de Francisco Giner de los Ríos «ese profesor universitario que apenas ha cumplido los treinta y cinco años, pequeño, enjuto y erguido, de barba negra terminada en punta que aún hace más severa su modesta indumentaria, de ojos claros y vivaces, velados hoy por la emoción, (que) va a ser quien continúe, hasta más allá del fin de siglo, la herencia ideológica de los dos hombres, Sanz del Río y Castro, sepultados en este patio».



Francisco Giner de los Ríos.

Es obvio que, tras estas palabras, late una simpatía que va más allá del simple calor humano, para aproximarse a la comprensión ideológica. Por consiguiente, aquí se trasluce ya de un modo claro, lo que constituye –a mi juicio– la espina dorsal del pensamiento de Vicente Cacho. Para éste, los integrantes de «la izquierda burguesa» –así llamada por Pérez-Embid– no son en modo alguno adversarios, sino que son gentes sentidas como muy próximas, no sólo en muchos de sus grandes objetivos, sino también y sobre todo en métodos, talante y estilo.

Idéntica y tenaz voluntad de comprensión racional y de aproximación cordial –de asunción, de hacer suyo– mostró Vicente Cacho respecto al hecho catalán. La prueba de esta voluntad de entendimiento es temprana. Aparece en su prólogo a una antología de textos de autores modernistas catalanes titulada *Els modernistes i el nacionalisme cultural*, redactado en 1983 y publicado al año siguiente.

A partir de ahí, no es de extrañar que cuantas veces –a lo largo de estos años– he defendido la existencia en España de dos movimientos regeneracionistas –el protagonizado en buena parte por "la izquierda burguesa" y el impulsado por el catalanismo político–, he tenido siempre la sensación de estar repitiendo ideas aprehendidas de Vicente Cacho. La lectura, mucho tiempo después, de *El nacionalismo catalán como factor de modernización*, no hizo sino confirmarme en esta percepción. Por ejemplo, cuando –al hablar de las soluciones racionalistas y de las tendencias nacionales que tanto proliferaron en la Europa de fines del siglo XIX– escribí: «Esta polarización tuvo, en el caso español, un correlato geográfico preciso, puesto que la moral de la ciencia se centró, en un principio, en torno a Madrid y a la Institución Libre de Enseñanza; mientras que, hasta bien entrado el nuevo siglo, no hubo más nacionalismo periférico consistente que el formulado en Barcelona, con la consiguiente asimetría entre Cataluña y el resto del país, que todavía hoy resulta claramente perceptible».

El texto transcrito –en el que resulta revelador que Vicente Cacho hable de la "asimetría" de Cataluña– procede de una conferencia pronunciada en el año 1996 en la Fundación Pablo Iglesias, bajo el título "Contexto europeo del nacionalismo catalán de entresiglos".

Este núcleo duro del pensamiento de Vicente Cacho me ha servido, a lo largo de los años, como pauta para la valoración de nuestro pasado inmediato. Así –por ejemplo–, para entender el pacto de San Sebastián, que precedió a la II República, y para captar el significado profundo del pacto constitucional que dio salida a la Transición. Al propio tiempo, estas mismas ideas han constituido el recurrente punto de partida para mi personal reflexión sobre el futuro de España, es decir, sobre los pasos que aún restan para culminar la construcción de una casa común libre y cordialmente compartida.

«Si la razón es la brújula, las pasiones son los vientos», escribió un inglés –Pope– en tiempos de esperanza. Vicente Cacho entendió de verdad a "los otros" –en especial a los intelectuales de la izquierda burguesa–, porque llegó a quererlos y a sentirse casi como uno de ellos. De alguna manera, quiso ser como ellos. Si alguien lo duda, que contemple otra vez la filmación del acto de despedida que él mismo diseñó para después de su muerte. ¿Qué le recuerda?

En esta voluntad fecunda de asumir a "los otros" se halla la fuerza grande de su mensaje renovador e integrador.

SEGUNDO MOMENTO. UNA ANÉCDOTA FAMILIAR. UN DÍA CUALQUIERA DE LA PRIMAVERA DE 1963

Comedor del Colegio Mayor Belagua. Mesa redonda grande situada en la esquina más alejada de la mesa del director. Unos diez residentes escuchan a don Vicente Cacho que, como casi siempre, ha despertado su interés. De repente cuenta cómo, en los años de la II República, la polarización social era tan grande, que se manifestaba incluso a la hora de acudir al teatro. Así, hubo unos meses en los que la burguesía madrileña –clientela habitual de los teatros– se dividió drásticamente entre dos propuestas, según sus respectivas adscripciones ideológicas. Buena parte –la burguesía más conservadora–, acudía a la representación de *El divino impaciente*, de José-María Pemán; y el resto –el sector más abierto de compás–, optaba por *Nuestra Natacha* de Alejandro Casona. Hasta aquí, nada se sale de lo habitual. Lo auténticamente interesante, así como lo verdaderamente revelador del talante profundo de Vicente Cacho, fue la apostilla final. “Recuerdo –dijo– la noche en que mis padres regresaron a casa, después de haber asistido a la representación de *Nuestra Natacha*”.

Yo tenía entonces 18 años, pero no se me escapó el dato. Prueba de ello es que lo recuerdo con precisión. Y también tuve claro, en aquel momento, su alcance. Don Vicente –pensé– quiere dejar claro que él está cerca de "los otros", que él se parece a "los otros".

TERCER MOMENTO. LOS GOBIERNOS DEL GENERAL FRANCO. OTRO DÍA DE LA MISMA PRIMAVERA

Casi treinta años después, veo –como si fuera ahora mismo– a media docena de jóvenes estudiantes que rodean a don Vicente Cacho, al arranque de la escalera del Colegio Mayor Belagua. Están hablando –mejor, habla don Vicente– de política. En un determinado momento, surge el tema de los cambios ministeriales. Vicente Cacho corta la divagación personalista y afirma sentencioso: “Desengañaos, lo de menos son las personas. Lo que importa es

destacar que los gobiernos del general Franco han sido todos, desde el principio, gobiernos de concentración, de lo que resulta que lo único que interesa es determinar las dosis de la mezcla". Ante la perplejidad de algunos, insiste: "Quiero decir que todos los gobiernos del general Franco han sido gobiernos de coalición, en los que han estado presentes –en distintos grados según la coyuntura– casi todas las fuerzas de la derecha española".

¡Cuántas veces he recordado estas palabras a lo largo de los años! Y cada vez me han parecido más clarividentes. Hasta el punto de que, hoy en día, me parece ya archidemostrado que la auténtica habilidad del general Franco fue saber convertirse en "el pal de paller" –si se me permite la irreverencia de utilizar aquí una expresión tan querida por Jordi Pujol– de la mayor parte de la derecha española. Ahí, en esta condición de "pal de paller" –elemento aglutinador–, está la razón profunda de que Franco se convirtiese en un dictador de hoja perenne.

CUARTO MOMENTO. EL HASTÍO DE UN DOMINGO POR LA TARDE. OTOÑO DE 1965 O DE 1966

No se por qué razón, fui a la habitación de don Vicente Cacho, que estaba –por aquel entonces– en la fase nueva del Colegio Mayor Belagua, un domingo al caer la tarde. Sé que estuve allí un buen rato. No recuerdo de que hablamos. Sólo guardo memoria de sus primeras palabras: "Aquí me tienes, empollando como un opositor que soy. Y ya me ves, estudiando historia del Japón. ¡Con lo que a mí me importa eso!".

Es evidente que el profesor Cacho Viu no pecaba de dispersión. El ámbito de sus inquietudes y de su trabajo estaba delimitado con precisión: la historia cultural finisecular, con especial atención a la hispánica. Esto no significa que a don Vicente no le interesasen muchos otros temas y no se sintiera convocado por otras ocupaciones. Pero la espina dorsal –el eje axial– de su trabajo, es decir, de su vida, fue el mundo de las ideas y su proyección política, en el instante de la gran plenitud europea.

Escribo estas líneas a fines de enero de 2003, cuando una Europa dividida, carece de cuajo para asumir sus responsabilidades y se debate entre el seguidismo interesado y el desplante jaquetón. ¡Melancolía!

QUINTO MOMENTO. UN ALMUERZO QUE ME SUPO A POCO. BARCELONA, UNA PRIMAVERA A FINES DE LOS 80 O COMIENZOS DE LOS 90

Juan-Fernando Horcajada, magistrado ejerciente en Barcelona, es un viejo amigo de los tiempos de Pamplona, que convivió algún tiempo con Vicente Cacho, durante la etapa que éste pasó en Barcelona. Un día

acudieron ambos a casa, invitados a almorzar. Me hacía una ilusión enorme y los temas se agolpaban en mi cabeza. Quería aprovechar la presencia de don Vicente para saber su opinión sobre tantas y tantas cosas.

¿El resultado? La verdad es que no me quedó grabada en la memoria ninguna frase de don Vicente. Fueron, sin duda, unas horas gratas, pero no me dejaron rastro. Le encontré más bien frío y distante. Como ausente, casi reservón. Pensé entonces y sigo creyendo hoy, que cumplió con corrección exquisita y buen estilo un rito social, pero sin hallar en ello satisfacción alguna. Quizá pasaba una mala época. Tal vez estaba enfermo.

Me hubiese entusiasmado mantener la relación con Vicente Cacho y profundizar en ella. Estoy convencido de que pocos *castellanos* han tenido tantas cosas sensatas que decir sobre Cataluña y España, en los últimos tiempos, como Vicente Cacho. Pero recordé una frase genial de un viejo notario andaluz, que dijo un día: "Hay que observar siempre el undécimo mandamiento de la Ley de Dios?". "¿Cuál es?", le preguntaron. "No estorbar", contestó él.

Poco tiempo después le vi sentado en un departamento del "Tren de Sarriá". Él no me vio. No le dije nada. Fue la última vez.

CODA

A estas alturas de la vida, comienza a ser recurrente la tentación de hacer balance. He pensado a veces, por ello, en cuáles fueron las personas que ejercieron sobre mí una mayor influencia durante los años de plenitud formativa, que son los que se pasan en la Universidad. Pues bien, visto con perspectiva, las personas que más influyeron en mí durante aquellos años fueron los profesores Álvaro d'Ors, Víctor Reina y Vicente Cacho. Las vías por las que se ejerció esta influencia fueron varias. En el caso de don Álvaro, fueron estrictamente académicas. En los otros dos casos, fueron ajenas a las aulas. Pero las tres fueron decisivas. Sin ellas, yo habría sido de otra manera.

De D'Ors aprendí el carácter histórico del Derecho. De Reina, lo relativo que es nuestro conocimiento de la historia. Y de Cacho, que sólo hay una fórmula de conocimiento histórico: entender y querer a "los otros", hasta casi ser como ellos.

A los tres les guardo gratitud profunda. Y a Vicente Cacho Viu, que ya se ha ido, le recuerdo jovial, alegre y un punto malicioso, tal y como era un día cualquiera de aquellos, ya lejanos, en los que el futuro estaba lleno de promesas.

Barcelona, enero de 2003